VIAJES METAFÍSICOS

El Areópago

Por Juan Carlos García

PPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPP

«Atenienses, veo que vosotros sois, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad. Pues al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada esta inscripción: —Al Dios desconocido—. Pues bien, lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar.

«El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, que es Señor del cielo y de la tierra, no habita en santuarios fabricados por manos de hombres; ni es servido por manos humanas, como si de algo estuviera necesitado, el que a todos da la vida, el aliento y todas las cosas. Él creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra, fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en Él vivimos, nos movemos y existimos como han dicho algunos de vosotros:

«Porque somos también de Su linaje.

«Si somos, pues, del linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad sea algo semejante al oro, la plata o la piedra, modelados por el arte y el ingenio humano.

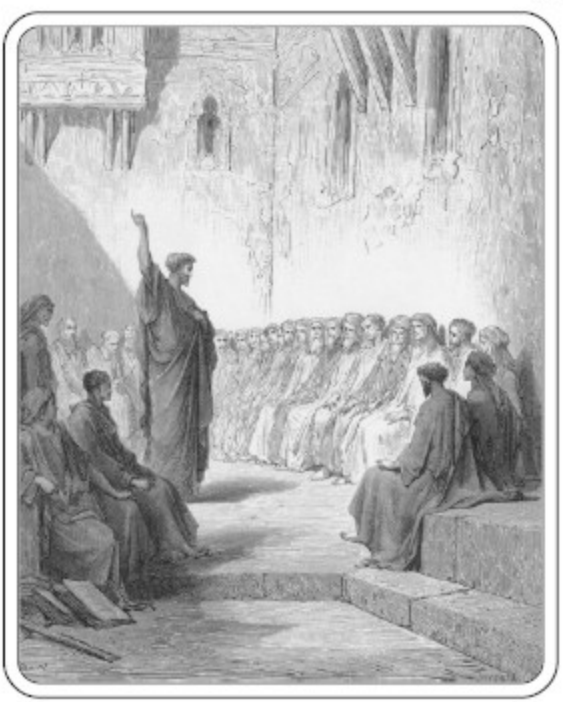
«Dios, pues, pasando por alto los tiempos de la ignorancia, anuncia ahora a los hombres que todos y en todas partes deben convertirse, porque ha fijado el día en que va a juzgar al mundo según justicia, por el hombre que ha destinado, dando a todos una garantía al resucitarlo entre los muertos».

—HECHOS 17: 22-31

PPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPPP

En el año 51 d.C., San Pablo, anterior encarnación de el Maestro Hilarión, en su paso por Grecia, se detuvo en Atenas, y desde el Areópago (Colina de Ares), teniendo como fondo la Acrópolis, pronunció el discurso arriba transcrito. El lugar se encuentra hoy en día marcado. Se trata de una diminuta montaña de 115 metros de altura toda de mármol, a la que se accede hasta su cumbre casi plana por unas resbalosas escaleras labradas en la roca viva. Un cubo de mármol, marca el lugar exacto donde Pablo de Tarso accedió a las preguntas retadoras de algunos atenienses que querían saber cuál era la nueva doctrina que traía.

Al comienzo de la subida, a un lado de las escaleras, se encuentra una placa con parte del discurso de San Pablo, escrito en griego. Subimos por sus marmóreos escalones y al llegar arriba nos sorprendió la impresionante vista que se tiene de la ciudad, y especialmente de la Acrópolis y el Ágora. Situado encima de la piedra exacta que marca el lugar pude constatar lo difícil que pudo haber sido para San Pablo traer una nueva doctrina a estas tierras, pues en ese punto uno se halla completamente rodeado por todo tipo de edificaciones y santuarios griegos, con un peso de centenares de años de Filosofía. Inclusive, en el mismo Areópago funcionaba lo que se conoce como *Buleuterión,* una especie de tribunal de justicia; también se dice que aquí estuvo la tumba de *Edipo*. A pesar de todo este entorno, San Pablo no se amedrentó y pronunció muy vehementemente su discurso cosmogónico, haciendo entender a los atenienses que la Verdad no es propiedad de nadie y cada religión y filosofía es un aspecto de esa Verdad que es común a todos. Con su discurso se convirtieron al Cristianismo varias personas, entre ellas el senador Dionisio, el cual llegó a ser el primer obispo de Atenas.



SAN PABLO PREDICANDO EN GRECIA
Ilustración de Gustav Doré

Al bajar del Areópago nos dirigimos hasta la antigua *Ágora* (plaza), a la que más tarde los romanos re-bautizaron como *Forum;* un lugar amplio, lleno de jardines que rebosan de ruinas tanto helénicas como romanas. De vez en cuando uno que otro ciprés o pino adornando los caminitos. Éste era el centro de la actividad cotidiana de la ciudad. Había escuelas, teatros, talleres, casas, comercios, y hasta edificios administrativos. De entre los edificios más importantes sobresale el Estoa de Attalos; un mercado mandado a construir por Attalos, rey de Pérgamo, en el siglo II a.C., hoy en día convertido en museo. Seguimos caminando hacia un magnífico templo que sobresalía por sobre una colina. Algunos almendros, mirtos, granadas y sobre todo olivos se unieron a nosotros en el camino, el cual serpentea graciosamente hasta el Efesteón. Por estos lugares caminaba Sócrates con sus discípulos y muchos otros filósofos de la antigüedad. Por aquí cruzaba también la Vía Sacra hasta llegar al Partenón. El Efesteón fue un santuario dedicado a Hefesto, hijo de Zeus, del cual ya dijimos que

por petición de su padre le asestó un hachazo en la cabeza. También está dedicado a Pallas Atenea. Es el templo mejor conservado de toda la civilización griega. Es períptero y de estilo dórico. Fue construido entre los años 449 y 425 a.C., en los tiempos de Pericles. En sus frisos se representan las hazañas del héroe ateniense Teseo, hallándose su tumba - en este lugar; por ello también se le llama Teseón. Diez de las 18 metopas del friso oriental representan los doce trabajos de Hércules. En el siglo VI d.C. los cristianos lo convirtieron en una iglesia dedicada a San Jorge. Este es un templo, sin duda alguna, de Rayo Azul. En 1834, con un *tedéum* ofrecido para celebrar la llegada del rey Otto, se cerró hasta el sol de hoy.

EL AREÓPAGO - Atenas, Grecia

Hacía una semana que habíamos estado en el Partenón, pero parecía haber pasado un siglo. La meseta de la Acrópolis radiaba de luminosa invitando a que la visitáramos nuevamente. Sobre esta zona, en el plano etérico, se halla un templo de Pallas Atenea, conectado directamente con su retiro principal, El Templo de la Verdad, sobre el Monte Ávila, en Caracas, Venezuela. Al lado de la Acrópolis la colina de Licabeto; ese extraño cono verde coronado por la capilla de San Jorge y un teatro, y al cual se accede caminando o en un funicular, parecía señalar hacia el cielo, tratando de indicar con su exuberancia el lugar donde verdaderamente habitan los dioses. ¡Oh, Atenas, cuna de reyes, héroes y dioses! ☺

«Quien no admite consejos, no puede ser ayudado.»

—Benjamín Franklin
(Encarnación de la Sra. Ballard)